

Deseos de sangre

Vickie Taylor

Traducción de

Silvia Guiu

Talismán

Prólogo

—¡Debajo de la cama, papá! ¡Mira debajo de la cama!

Rachel se abrazó al señor Mott, el conejo rosa al que le faltaba una oreja desde el pequeño accidente con las tijeras de coser de mamá del año pasado. Dobló los dedos de los pies en el suave parquet mientras daba golpecitos en el suelo con las puntas y los talones. El bajo de su camisón sin mangas se balanceaba por debajo de sus rodillas, y ella lo sujetó con un puño. Era una noche calurosa. El olor de la lluvia que papá había dicho que llegaba y el del romero que había plantado mamá fuera entraban por la ventana junto con una brisa pegajosa y dulce como el algodón de azúcar.

Papá cerró la puerta del armario, después de haber comprobado que, a pesar de estar desordenado, no había monstruos dentro.

Luego, se arrodilló para inspeccionar el oscuro espacio bajo la cama.

Rachel reía. En realidad, no creía en los monstruos, pero desde que había nacido su hermano pequeño Levi, la hora de ir a la cama era el único momento del día en que tenía a papá para ella sola, y no estaba preparada todavía para devolverlo.

Sin embargo, si la dejaran, sí estaba preparada para devolver a Levi.

Papá levantó los faldones rosas de la cubierta de la cama e inclinó la cabeza.

—Aquí tampoco hay monstruos.—Se puso en pie, bajó la cubierta rosa, y dio unos golpecitos sobre la almohada rosa. Con seis años, Rachel estaba en un momento rosa. Tenía una bicicleta rosa y unos patines rosas. Pero todavía no quería irse a dormir, aunque fuera en una cama rosa.

En lugar de meterse en la cama, saltó sobre ella y aterrizó en cuclillas. Con los pies separados, las rodillas dobladas y ambos brazos extendidos, mientras el señor Mott se balanceaba colgando de su manita con su única oreja, señaló con un dedo acusador los pies de la cama.

—¡El baúl de los juguetes!

Papá la miró, pero luego levantó la tapa y echó un vistazo dentro.

Rachel se mordió el labio y miró en derredor, preguntándose dónde más podrían esconderse los monstruos. Si existían los monstruos, pero no existían. A menos que...

—Papá, ¿pueden ser invisibles los monstruos?

—¿Invisibles? No, cielo, no existen los monstruos... —De repente, abrió los ojos como platos. Golpeó el aire, se agachó y volvió a golpearlo—. ¡No! ¡Vale ya! —Se lanzó contra nada, cayó sobre la cama y se volvió hacia Rachel, gritando—. ¡No! ¡Socorro! ¡No!

Rachel abrió tanto los ojos que pensó que se le iban a salir de las órbitas. Intentó gritar, pero se le había hecho un nudo en la garganta.

Intentó correr, pero tenía los pies pegados al suelo. Papá se retorció y se intentaba acercar a ella. Al final, la levantó, con la cara todavía desencajada y...

Empezó a hacerle cosquillas.

Riendo, la metió en la cama y la tapó hasta la barbilla.

Al final, Rachel reaccionó. Respiró hondo y le dio un golpe en el brazo.

—¡Papá!

Papá miró hacia atrás y gritó:

—Oídme todos los monstruos, invisibles y demás. Soy el mayor, el más malo y el único monstruo de la casa. El resto de las criaturas inferiores quedan expulsadas desde este mismo momento.

Rachel no estaba segura de lo que significaba la última parte, pero pensó que ojalá los monstruos lo oyeran.

Aunque no existieran.

Tras bostezar, se acomodó entre las frescas sábanas. Papá dejó al señor Mott a su lado y la besó en la frente antes de marcharse. Al llegar a la puerta, se detuvo y apagó la luz.

—Que tengas dulces sueños.

—Deja un poco abierto. —Rachel no tenía miedo de los monstruos, pero sí de la oscuridad. Sin embargo, no tenía de qué preocuparse. Papá siempre dejaba un poco abierta la puerta para que entrara la luz del pasillo.

Por eso, cuando despertó horas después, bostezó, se frotó un ojo con el puño y abrió los ojos para descubrir que no llegaba luz del pasillo, se quedó helada de miedo y un escalofrío le recorrió la espalda. Se oían truenos. «Son las nubes que chocan», le había dicho papá un día. Pero esa noche también aullaba el viento. Los árboles arañaban la casa como si fueran unos dedos cadavéricos. La tormenta y la oscuridad la aterraban. Quería llorar y llamar a gritos a mamá o a papá, pero ya no era un bebé. Ya no era el bebé. Ahora tenían a Levi, y él ya lloraba por los dos. Además, se le había vuelto a hacer un nudo en la garganta. Le costaba respirar ese oscuro aire. Casi no podía emitir ningún sonido, y aún menos gritar.

Un rayo de luz entró en la habitación por la ventana, y oyó voces fuera, unas voces tan furiosas como la tormenta.

En el pasillo, oyó a mamá y a papá hablar con voz apagada.

—Tenemos que irnos.

—Es demasiado tarde.

—Los niños...

Rachel oyó unos pasos que se dirigían hacia su cuarto y se metió bajo las sábanas agarrando al señor Mott con tanta fuerza que lo habría estrangulado si fuera un conejito de verdad. Se abrió la puerta y apareció una oscura silueta en el umbral que la levantó de la cama con un rápido movimiento. Rachel tembló y gimió, hasta que olió un especiado aroma familiar y entonces se relajó entre esos fuertes brazos.

—Papá... —Se estiró para recuperar al señor Mott mientras papá la abrazaba, pero el conejo se le cayó. El pie de papá lo empujó debajo de la cama.

—No digas nada, cielo —dijo él.

Rachel se relajó adormilada en sus brazos mientras su padre recorría

la casa. En el salón, la luz de las velas se reflejaba en las paredes. Rachel pensó que la llevaba a la cama con él y mamá porque se había fundido la luz y sonrió porque no tenía muchas oportunidades de dormir con ellos desde que había nacido Levi. Pero entonces, papá se detuvo junto a la portezuela casi invisible situada bajo las escaleras. Era su sitio secreto, el lugar donde mamá escondía los regalos de cumpleaños.

La sonrisa de Rachel desapareció de sus labios cuando papá abrió la portezuela y la metió dentro. Ella alargó los brazos hacia él con los labios temblorosos.

—¡No, papá, no!

—Por favor, tesoro, haz lo que te digo.

Mamá se inclinó con Levi en los brazos. Miró a papá una vez con los ojos húmedos y luego le entregó el bebé a Rachel.

—Cuida de tu hermanito. Y, por favor, por favor, no hagas ningún ruido. Pase lo que pase.

Entonces, papá cerró la puerta y la dejó en el pequeño desván que olía a moho.

A oscuras.

Rachel tragó saliva muerta de miedo. Intentaba no llorar y trataba de recordar cómo acunar al bebé. Mamá nunca la había dejado sujetarlo sola. No quería romperlo.

Fuera, el ruido de los truenos se mezclaba con el de los golpes de puño que aporreaban la puerta principal. Se oían gritos, voces de hombres y luego madera rota. Papá le gritó a mamá que corriera. Hubo ruido de cristales rotos.

Rachel quería gritar, necesitaba gritar, pero mamá le había dicho que debía estar callada. Muy callada. Las lágrimas le aparecían en los ojos y le corrían por las mejillas. Se puso un puño en la boca y lo mordió con fuerza. La oscuridad la aterraba. No podía respirar. Necesitaba luz, aunque sólo fuera un poquito.

Moviéndose con el bebé sujeto con un brazo, se inclinó hacia delante y buscó la portezuela. Deslizó la mano por la madera sin pintar. Se mordió el labio. El corazón le latía a mil por hora. Las voces que había oído fuera, estaban ahora dentro. Decían cosas malas. Cosas que daban miedo.

Pero la oscuridad también le daba miedo. Con una temblorosa mano, empujó la madera. La portezuela se abrió unos centímetros y la luz de las velas entró por la rendija. Las sombras se movían como manchas de aceite por el fragmento de pared del salón que podía ver. Había tres siluetas, la de mamá era la más baja y dos siluetas más altas, una de ellas seguro que de su papá.

—¡Fuera de mi casa! —gritó papá.

Se oían muchas voces de fondo, murmurando y silbando como serpientes, pero Rachel sólo pudo entender unas palabras: «... éste no es tu sitio».

La sombra que no conocía levantó un brazo y señaló algo de la sombra de papá. La sombra de papá se abalanzó sobre él. Se enroscaron como unos animales luchando y cayeron al suelo.

Mamá gritó:

—¡No, por favor...!

Se oyó un gran ruido, como un petardo, que hizo que Rachel

diera un respingo. La sombra de mamá cayó.

Durante unos instantes, todo quedó en silencio. Levi se inquietó en los brazos de Rachel, así que ella lo acunó y esperó a que mamá se levantara y le dijera que estaba bien, que la sombra mala se había marchado, que todo había sido una pesadilla. Pero no era una pesadilla porque mamá no se despertó.

Algo chilló como un gato que se hubiera pillado la cola con la puerta, pero más alto. En el lugar donde habían caído al suelo papá y el hombre malo, se alzó una nueva sombra. La oscura silueta tenía la forma de un hombre, pero era más grande que cualquiera que Rachel conociera. La luz de las velas hacía que pareciera tener dos cuernos a ambos lados de la cabeza, y sus dedos crecieron más y más hasta convertirse en una especie de garras. Cuando levantó los brazos, la sombra no era de brazos, sino de alas.

A Rachel le dio un vuelco el corazón. Quería cerrar los ojos, pero no podía. Lo único que podía hacer era acurrucarse más en el desván y temblar mientras la sombra del monstruo se alzaba hasta que sus pies —más bien, garras— dejaron de tocar el suelo. Entonces, salió volando con un lento y pesado aleteo.

Alguien a quien Rachel no podía ver gritó. Otros maldecían y gruñían. Oyó pasos en el suelo de madera. Algo pesado, como un mueble, cayó al suelo. Por un instante, la luz del salón se eclipsó, pero luego oyó un silbido y la habitación volvió a iluminarse. Rachel olía a humo, pero no era el ceroso olor de las velas, sino el penetrante olor de un incendio.

Se produjo un resplandor en la sala, y entonces es cuando Rachel lo vio... no la sombra del monstruo, sino la cosa en sí.

Dejó de respirar. El corazón le dejó de latir. No quería mirarlo, observar esos incandescentes ojos negros, pero no podía desviar la mirada. Una lengua bífida bailaba en un puntiagudo pico. La sangre manchaba los extremos grises de sus alas y resbaló por sus garras hasta gotear en el suelo cuando pasó por delante de su escondite y cerró de un golpe la portezuela con una garra de tres dedos.

Rachel se pegó a la pared del fondo de su escondite, acurrucándose en la esquina más oscura y lejana. Cerró con fuerza los ojos, mientras seguía oyendo los ecos de gente gritando y más ruidos como de petardos. Abrazó a Levi con fuerza y recitó la única oración que sabía, moviendo los labios pero incapaz de lograr emitir sonido alguno.

—Ahora me recostaré a dormir, le ruego al Señor que cuide mi alma. Si muero antes de que despierte...